

mont á Santa Menehould, llamado las *Isletas*. Los principales son *Grand Pré* y las *Isletas*.

—Desgraciadamente son los que están más lejanos de nosotros: por consiguiente, allí iré yo con todos los míos.

—Ahora bien; para llevar á cabo ese pensamiento teneis dos caminos, uno que pasa por detrás del bosque y que os oculta á la vista del enemigo, y otro que pasa por delante y os pone de manifiesto.

Dumuriez reflexionó.

—Pasaré por delante, dijo; conozco á Clerfayt, y al verme creerá que he recibido refuerzos y que ataco á los austriacos y á los prusianos separadamente, y se retirará á su atrincherado campamento de Brouenne, detrás de Stenay. Sentaos allí, Thevenot.

El ayudante se sentó, y febril, tomó pluma y papel y esperó.

El general tambien tenia fiebre, la cual luchaba con su inteligencia privilegiada.

—Escribid, dijo Dumuriez; ordenad á Dubouquet que abandone el departamento del Norte y que ocupe el *Chêne-populeux*: á Dillon, para que marche entre el rio Meuse y el Argonne hasta las *Isletas*, cuyo camino ocupará, así como el de la Chalade, arrollando todo á su paso; me habeis rogado que os ocupe, doctor, y no sé negar tales pretensiones á los leales patriotas. Os concedo un puesto peligroso: sereis su guía.

—Gracias, dijo Jacobo tendiendo su mano al general.

—Yo me encargo de la *Cruz de los bosques* y del *Prado Grande*; ¿habeis concluido?

—Sí, contestó Thenevot, quien escribia tan rápidamente como el general dictaba.

—Ahora, orden á Bournoville para que abandone la frontera de los Países Bajos, en donde nada hay que hacer, y se encuentre el 13 en Retho con diez mil hombres, y ahora que toquen á marchar y bota-sillas.—Esta orden fué dada á las dos hermanas Fernig, quienes salieron á galope por la poblacion.

Un cuarto de hora despues estaban ejecutadas las órdenes de Dumuriez, y en medio del ruido se oian las agudas sonatas de las cornetas y los sordos redobles de tambor.

## VIII.

## La cruz de los bosques.

Dos horas despues, todo el ejército estaba en marcha y acampaba á cuatro horas de Sedan.

Al dia siguiente tenia noticia Dillon de que las avanzadas de Cherfayt ocupaban las dos orillas del Meuse.

Una hora más tarde, el general Miakiuski, guiado por Jacobo Merey, atacaba con quinientos hombres los veinticuatro mil austriacos que mandaba Cherfayt, el que, segun lo previsto por Dumuriez, se retiraba encerrándose en su campamento de Brouenes.

Dillon pasó por el *Chêne-populeux*, ocupado ya y defendido por el general Dubouquet, continuando entre el Meuse y el Argonne, seguido por Dumuriez y sus quince mil hombres.

Al dia siguiente llegó á Baffu el general en jefe, deteniéndose allí para ocupar los desfiladeros de la *Croix aux bois* y del *Grand Pré*.

Dillon continuó intrépidamente su camino y dejando al pasar por la Chalade dos mil hombres para defenderla, llegó á las *Isletas* en donde encontró á Galbeau con cuatro mil hombres.

El coronel sin orden ninguna habia llegado hasta allí y no habia visto á Fabre de Eglantine, quien corria por el camino de Chalons para buscarlo,

En las *Isletas* fué en donde Jacobo Merey, de gran utilidad para Dillon, conocia perfectamente las colinas y barrancos del país; así es que le indicó un sitio en la cima de una montaña que domina las



*Isletas* y que era á propósito para colocar una batería, con lo que era imposible ocupar aquel punto.

☐ Han pasado setenta y seis años y todavía se ve el sitio en donde estuvo colocada.

Además de aquella batería, levantó Dillon excelentes trincheras, mandó derribar árboles, formando barricadas con ellos, y se posesionó completamente de los dos caminos que conducen á Santa Menehould y de allí á Chalons.

No eran ménos formidables los trabajos que hacia ejecutar Dumuriez en el *Prado Grande*. El ejército ocupaba las alturas que se elevan formando anfiteatro, y al pié se extendian vastísimos prados, en donde el enemigo tenia que presentarse al descubierto.

Sobre el rio Aisne habian echado dos puentes, y la vanguardia los defendia con órden de que si se veian atacados se retirasen, incendiando los puentes.

En un caso que el general en jefe fuese arrojado de sus posiciones, bajaria por el lado opuesto, pondria el rio entre él y los enemigos y haria saltar los dos puentes.

Pero era casi seguro de que se frustrarian los ataques de los prusianos y que Dumuriez desde aquellas alturas podria dominar la situacion con toda tranquilidad.

El 8 llegó la noticia de que Dubouquet habia ocupado la víspera con sus seis mil hombres *el roble frondoso*. Solo quedaba la *Cruz de los bosques* situado entre el *Prado Grande*, y *el roble frondoso*; pero Dumuriez se personó, hizo cortar el camino, mandó derribar los árboles y dejó dos escuadrones y dos batallones para defenderlo.

Su promesa estaba realizada: el bosque estaba defendido como las Termópilas, y Paris tenia delante de sí una trinchera que miraba como inexpugnable el que la habia formado.

El duque de Orleans cumplia lo ofrecido; Dumuriez habia sabido dia por dia los asesinatos de las cárceles. Aquellos repugnantes espectáculos, la muerte de la princesa de Lamballe en la Abadía, la de los niños en Bicetre y la de las mujeres en la Salpetriere, le indignaban á pesar de su aparente indiferencia.

El mismo duque de Orleans no habia permanecido impasible an-

te los asesinatos. Con el pretexto de que la princesa de Lamballe era amiga de la reina, habian llevado en una pica su cabeza hasta debajo de sus balcones y habian obligado al duque y á la señora de Buffon á que la saludaran.

La señora de Buffon estaba sentada á la mesa, y pálida, lívida y medio muerta se presentó en el balcon.

El duque de Orleans pagaba viudedad á la princesa de Lamballe, y le escribió á Dumuriez diciendo:

«Mi fortuna ha tenido un aumento con esa muerte de 300.000 francos, pero mi cabeza está pendiente de un hilo.

»Os envio mis dos hijos mayores; *salvadlos*.»

Ya no fué posible vacilar, sino hacerse cargo de ellos. El dia 10 llegó de la Flándes francesa el duque de Chartres con su regimiento, en el cual su hermano, el duque de Montpensier, servia como teniente.

Era entonces un valiente y hermoso jóven de veinte años, educado á lo Juan Jacobo Rousseau, por Mme. de Genlis, muy instruido, aun cuando su instruccion era más bien extensa que profunda.

En los combates habia dado muestras de mucho valor y serenidad.

Su hermano era todavía un niño, pero encantador, como el que yo he conocido del mismo nombre.

Dumuriez los recibió perfectamente, y desde aquel dia una idea germinó en su cerebro.

Luis XVI era ya imposible; muchas faltas y hasta perjuicios le habian hecho odioso á la nacion; la república era inevitable; ¿pero seria duradera?

No lo creia Dumuriez. Al emigrar el duque de Provenza y el de Artois habian renunciado al trono de Francia.

Se necesitaban dos ó tres victorias, en las que tomara parte el duque de Chartres, para popularizarlo, y cuando fuera oportuno presentarlo á la Francia como un término medio entre la república y la soberanía.

Este ensueño desde aquel momento lo acarició Dumuriez.

El cuerpo de ejército que Dumuriez habia tenido bajo sus órde-



nes en Flándes se presentó también con los príncipes. Se componía de hombres valientes, aguerridos y decididos. Lo que refirieron de sus generales acabó de decidir á Dumuriez.

Con su clara inteligencia comprendía era preciso que el soldado continuase con tan buenas disposiciones: ordenó que tocara tres veces por día la banda de música: dió bailes al aire libre, iluminando los árboles y convidando á todas las lindas jóvenes de Cerney, Melzicourt, Vienne-le-Chateau, de la Chalade, de Santo Tomás, de Vienne-la-Ville y de las Isletas.

El estudio de popularidad lo empezaron los dos príncipes bailando con las aldeanas, y los dos húsares les ayudaban lo mejor que podían.

Dos ó tres veces convidó Dumuriez á la oficialidad prusiana y austriaca de Stenay, de Dunsur, Meuse, de Charny y de Verdun, y si hubieran aceptado les hubiera enseñado sus trincheras; pero no fué así, y tuvo que privarse del placer que pudiera causarle aquella gasconada.

Sin embargo, lo mismo sufrían los soldados enemigos que los nuestros: la continua lluvia que obligaba á cubrir con arena del río el sitio en donde se bailaba, el mal vino y la mala cerveza.

Pero el aspecto y la palabra del general en jefe era como el sol del medio día; si le veían contento, el soldado cantaba; si al comer su pan moreno se sonreía, el soldado comía el suyo gritando: ¡Viva la nación!

Un día tuvo lugar un hecho grave, y que demostró los sentimientos que dominaban á aquel ejército, sobre el cual estribaba la salvación de la Francia.

Diariamente se presentaban destacamentos de voluntarios, los que se incorporaban á los regimientos. Como todas las poblaciones envió Chalons su contingente, aprovechándose de la revolución para librarse de lo más perdido.

Era una turba de bribones, entre los que había unos cincuenta que, obedeciendo á la circular de Marat, habían cometido los mayores excesos.

Un día empezaron á gritar: ¡Viva Marat! ¡La cabeza de Dumu-

riez, la cabeza del aristócrata, la cabeza del traidor! Pero creyeron verse secundados por las tres cuartas partes del ejército, y se encontraron solos.

Mientras procuraban sembrar la discordia entre los patriotas, montó Dumuriez á caballo con sus húsares.

Los alborotadores vieron montar cuatro cañones en batería y al otro lado un escuadrón dispuesto á cargar, ordenando Dumuriez á los artilleros que tuvieran encendidas las mechas y á los húsares que empuñaran el sable desnudo; haciendo él lo mismo y acercándose á ellos, dijo con voz sonora y grave:

—El ejército de Dumuriez no admite en sus filas sino patriotas verdaderos y hombres honrados. Desprecia á los maratistas y odia á los asesinos. Entre vosotros hay miserables que os aconsejan un crimen; arrojadlos de vuestras filas, porque si no, ordeno á mis artilleros que hagan fuego y á mis húsares que den de sablazos á los que queden vivos. Fuera los maratistas, ¿me entendéis? fuera los asesinos; en nuestras filas no queremos verdugos. Arrojadlos de ellas y volved á ser buenos, valientes y heroicos, como aquellos con quienes teneis el honor de alternar.

Cincuenta ó sesenta hombres fueron echados del ejército, y desaparecieron como si les hubiera tragado la tierra. Los demás volvieron á las filas, participando de los sentimientos del ejército, ajeno completamente los excesos del interior.

El rey de Prusia permaneció en Verdun hasta el 10 de Setiembre, repitiendo á todo el que quería escucharle que había entrado en Francia para devolver *al rey la soberanía, á los sacerdotes las iglesias* y á los *propietarios sus propiedades*.

Aquellas palabras habían llamado la atención de los aldeanos. Estando en Francia muy arraigado el sentimiento religioso, se hubieran prestado ellos mismos á entregar las iglesias á los sacerdotes, si de eso solo se hubiera tratado; pero al entregar las iglesias devolvían los bienes al clero, lo cual era más difícil.

Habían confiscado cuatro mil millones en bienes conventuales y otras diferentes órdenes religiosas, los que, vendidos desde el mes de Enero, habían dejado de ser propiedad muerta para con-



vertirse en útil, y de manos holgazanas habían pasado á las trabajadoras, de los abades libertinos, canónigos, obreros y obispos fastuosos, á los honrados labradores (1).

El 10 de Setiembre se decidieron los prusianos á ponerse en movimiento; sondearon nuestras avanzadas y tuvieron escaramuzas con los destacamentos.

En algunos puntos estaban los soldados tan deseosos de empeñar una accion decisiva, que escalaron las trincheras y cargaron á la bayoneta.

Aquella misma noche se dió el parte al general, y Jacobo Merey, que no tenia puesto fijo, y al que se le encargó visitase los puestos de guardia, volvió diciendo que la Cruz de los Bosques no le parecia bien defendida.

Desgraciadamente el coronel que mandaba no estuvo de acuerdo con él, y como aquel camino era el único que los prusianos no habían procurado tomar, dijo que creia les era desconocido, y que no solo tenia fuerzas suficientes para defenderlo, sino que podia enviar á Prado Grande doscientos ó trescientos hombres.

Jacobo Merey insistió con Dumuriez; pero deseando el coronel hacer ver que llevaba la razon, mandó á la Chalade un batallon y un escuadron, quedándose por consiguiente con algunas centenas de hombres.

Atormentado Jacobo Merey por sus presentimientos, montó á caballo á la noche siguiente y se dirigió á la Cruz de los Bosques.

Poco á poco se borraron de su imaginacion las ideas que habían sido causa de su paseo, y empezó á soñar como soñaba cuando estaba solo.

Con Eva, con la existencia árida y vacía que arrastraba, por más que pareciese y fuese realmente agitada.

Jacobo era un buen patriota; sí, la Francia ocupaba en su corazon el lugar que debia ocupar, pero no por eso era ménos poderoso el recuerdo de Eva.

¿En dónde estaba? ¿qué la sucedia? Le habia sido arrebatada tal

(1) Michelet, tomo IV, pág. 216.

vez antes que se hubiera perfeccionado la creacion, no del cuerpo, pero sí de la inteligencia.

Se conservaria hermosa y aun habria embellecido más, á no dudarlo; ¿pero estaria su imaginacion bastante desarrollada por la educacion para discernir el bien del mal? ¿Tendria la memoria sólida y firme para encerrar y conservar en su corazon el recuerdo de aquel que la habia hecho, despues de Dios, lo que era?

—¡Oh! murmuraba Jacobo Merey; su ingenio se habia despejado, pero su alma todavía estaba desordenada y confusa.

Y poco á poco veia borrarse su imágen de aquella alma incompleta y confundirse en esa oscura noche del pasado, en la que flotan los sueños, se evaporan y desaparecen por la puerta de marfil.

Jacobo Merey habia dejado caer las riendas sobre el cuello de su caballo.

Ya no estaba en los límites del bosque de Argonne, ni caminaba á orillas del Aisne, ni pensaba en vigilar la Cruz de los Bosques.

Se encontraba en Argenton, en aquella casa misteriosa y al pié del árbol de la ciencia. Conducia á Eva á la gruta de las meditaciones, en donde por primera vez le habia dicho que le amaba, y cuya frase repetia. Volvia á gozar aquella vida feliz, cuando le pareció oír ruido de fusilería y el grito de ¡Alarma!

Se enderezó sobre los estribos, y su caballo relinchó.

Como por mágia desapareció aquella fantástica ilusion. Lo mismo que el que se encuentra dormido y se cree trasportado á deliciosos jardines bajo un sol luminoso y ardiente, y que de repente se despierta en un desierto en medio de precipicios y envuelto en la oscuridad de la noche, así Jacobo se despertó en un camino cenagoso, en un bosque sòmbrío, empapado por lluvia menuda y helada, en medio de los resplandores de la artillería y del tiroteo, los que iluminaban la frondosidad del bosque.

Jacobo Merey puso el caballo á galope, pero al llegar á la pequeña llanura de Longrée se encontró con los fugitivos.

Todo lo adivinó: habían atacado la Cruz de los Bosques, como lo habia previsto, y la posicion habia sido forzada por los austriacos y los emigrados mandados por el príncipe de Ligne.



A la entrada de la llanura se había formado una especie de cuadro, y Jacobo Merey corrió al sitio en donde todavía se defendían. Pero trescientos ó cuatrocientos hombres de caballería atacaban al coronel francés, que procuraba, rodeado por sus soldados, efectuar la retirada.

Jacobo Merey se lanzó en medio de la pelea.

El coronel luchaba cuerpo á cuerpo con dos ginetes, que habían cargado al grito de ¡Viva el rey! rompiendo el cuadro.

Jacobo tiró dos pistoletazos y los lanzó del caballo; pero casi al mismo tiempo se encontró cercado; tomó el sable, y en la oscuridad de la noche dió y paró los golpes: de cuando en cuando los fogonazos de las pistolas esparcían una claridad efímera; pero en uno de aquellos momentos creyó reconocer Jacobo al señor de Charelet con el uniforme verde y gris de los emigrados.

Lanzó un grito de rabia y picó espuelas al caballo para alcanzarlo; pero el animal recibió un tiro en la cabeza al encabritarse y cayó, arrastrando tras de sí á Jacobo, al que iba destinado aquel balazo.

Guarecido por el cadáver de su caballo, permaneció inmóvil algunos minutos entre los piés de los caballos, pero despues se levantó, y deslizándose por un claro se encontró bajo la cúpula del bosque, es decir, en la más profunda oscuridad.

Nada podía hacer en aquella terrible acometida que entregaba á lo nemigos uno de los caminos, pero podía mucho si con tiempo daba parte á Dumuriez de aquella catástrofe. Se apoyó contra el tronco de un árbol, y viendo que no estaba herido reflexionó, empezando por orientarse y recordando había un sendero que conducía de Longwée á Prado Grande por las orillas del Aisne.

Jacobo Merey escuchó, oyó el rumor del agua, y bajando un ribazo, encontró el manantial; esto le tranquilizó; buscó el sendero y emprendió su camino á Prado Grande, distante legua y media, y á donde llegó tres cuartos de hora despues.

Eran las dos y media, cuando empapado por la lluvia y cubierto de lodo y de sangre, llamaba á la puerta del general.

## IX.

## El príncipe de Ligne.

Jacobo Merey tenía bastante inteligencia y conocía demasiado la guerra para que otro que no fuera el general en jefe recibiera aquellas noticias.

En esos casos, las resoluciones prontas, la sangre fría y la reserva del general salvan á un ejército.

Sabia cuál era la habitacion de Dumuriez, y pensaba que el ordenanza que velaba en la antecámara le despertara cuando vió luz por entre las junturas de la puerta.

Llamó; la voz firme y grave del general le contestó:

—Adelante.

El general no estaba acostado. Escribía en sus Memorias, en donde consignaba dia por dia todo lo que le sucedía.

Se había retrasado algunos dias y procuraba ponerse al corriente.

—¡Ah! ¡ah! exclamó al ver á Jacobo Merey cubierto de sangre; apuesto que me traeis alguna noticia mala.

—Verdad es, general. El paso de la Cruz de los Bosques ha sido forzado por los austriacos.

—Tenía ese presentimiento; ¿y el coronel?

—Muerto.

—Es lo mejor que podía haber hecho.

Dumuriez descolgó de la pared un gran plano del bosque de Argonne.

—¡Ah! dijo filosóficamente; cada hombre es preciso que tenga sus defectos y sus cualidades.